

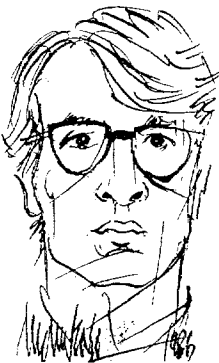
Dietario

El gato encerrado

Andrés Trapiello

Pre-Textos. Valencia, 1990
199 páginas. 1.775 pesetas

SE ha dicho que la divulgación de memorias, diarios, autobiografías y otros escritos semejantes es un signo de civilización. Más o menos fieles a la verdad o con ella disimulada o falseada, estos textos han recuperado su lugar editorial en los últimos lustros. El género autobiográfico goza hoy de buena salud entre nosotros. A los diarios de Ana María Matute, M. Delibes y Torrente Ballester, aparecidos hace ya tiempo en publicaciones periódicas, han seguido las memorias de F. Ayala, J. Goytisolo y



Andrés Trapiello

C. Barral. A estos autores ya consagrados se suman ahora escritores jóvenes cuyas ideas empiezan a interesar a editores y lectores. Entre los de más reciente aparición hay que recordar libros como «Retiro lo escrito», de J. A. Masoliver Ródenas, y «La negra provincia de Flaubert» y «Literatura, amigo Thompson», de J. Sánchez-Ostiz. En estos predios se sitúa también «El gato encerrado», de A. Trapiello (Manzaneda de Torío, León, 1953), autor de varios libros de poemas y de la novela «La tinta simpática», 1988).

«El gato encerrado», título humorístico e irónico basado en el dicho popular y en unos versos de Josep Carner, pretende ser, según ha confesado su autor, «un libro lleno de humor, realidad, sátiras, relatos, visiones de la naturaleza y la ciudad y correspondencias morales de todo eso con mi vida». Casi todo esto se consigue en buena medida. El diario es un cuaderno de apuntes escritos en el año 1987. Se abre con un prólogo concebido de modo cervantino en el cual se desarrolla un breve diálogo del autor con un amigo y se adelanta el propósito del diario.

También como en los de Cervantes, este prólogo se apoya en la preterición y aparenta asegurar que no se va a decir lo que ya se está afirmando, aunque ello sea sólo algunas veces y con buscada brevedad para dejar las cosas claras desde el principio. Más adelante reaparece el mismo procedimiento de cuando en cuando, como en este caso: «No he leído ni un libro de Kundera, ni de Modiano, ni de Canetti, ni de Barnes, ni de Rushdie, ni de Eco, ni de todos los que se van poniendo a la cola. Y si los he leído, ya no me acuerdo. Tampoco hago alarde de ello» (página 85). No falta, asimismo, el asomo de cierta arrogancia nacida de la íntima seguridad de bastarse uno mismo, sin necesidad de añadidos externos. Por eso, en el diario, diseñado en fragmentos que se suceden sin especificar fechas de cada día y con escasas anotaciones temporales referidas a meses y estaciones del año, no se recogen anécdotas o acontecimientos vividos con otros personajes de renombre.

Es lógico que en estos textos el autor sea el personaje principal; aquí lo es en exclusiva. Nada hay referido a otras personalidades y sus conductas, ocurrencias o extravagancias, que el autor, irónicamente, afirma desconocer. Los pocos personajes aludidos son

nombrados por letras que ni siquiera corresponden a sus apellidos, aunque algunas alusiones resultan muy claras, como ésta referida a «esos dos o tres califas avinagrados que están todo el día con la matraca del exilio, de Marruecos o de París» (página 21). Sólo Miguel el loco aparece con su nombre, además de los escritores, pintores, compositores y otras figuras de la historia que son citadas en el recorrido intelectual del autor, quien adopta una posición de melancólico automarginado con mucho de máscara y actitud literariamente preconcebida.

Este viaje al interior de uno mismo en contacto con ambientes y objetos queridos descubre un mundo íntimo poblado de angustias creadoras, vivencias intensas y gozosos desvelos. Literatura y vida son los dos pilares de estas anotaciones. Aquella surge en todas partes, como recuerdo de autores leídos, reflexión sobre tantas lecturas y una actitud crítica ante valores establecidos. Muchas ideas se pueden compartir fácilmente, pero a veces el juicio del autor se aventura en consideraciones difíciles de digerir, como ocurre en la arriesgada —y razonada— descalificación de la generación del 27, en la cual sólo se salvan García Lorca y Cernuda.

La literatura aparece también como labor creadora del autor que observa la realidad en busca de materiales y que imagina historias para la novela que quiere escribir y que final-

«Este viaje al interior de uno mismo en contacto con objetos queridos descubre un mundo íntimo poblado de angustias creadoras y gozosos desvelos»

mente acaba a la vez que el diario. Entre vida y literatura apenas hay transición, porque ésta forma parte de aquella. El amor a los libros se nutre de frecuentes visitas a lugares emblemáticos en busca del ejemplar antiguo. La percepción lírica de la naturaleza se satisface en plácidos períodos en el campo y en paseos solitarios por el Retiro madrileño o por las calles desiertas de cualquier ciudad de provincias a la que se ha ido a dar una conferencia.

En este diario de escritor-lector, vida y literatura, representativas de lo efímero y lo perenne, son inseparables. No hay vida literaria en su dimensión mundana. Casi todo se centra en ideas y sensaciones de escritor que lee más que escribe, busca espacios y objetos más que personas, elabora reflexiones y descripciones más que anécdotas y consigue transmitir sus experiencias y figuraciones en una lengua transparente, con sencillez y cuidada naturalidad. La meditación grave se aligera con el humor y la ironía, la chispa y el ingenio de múltiples frases brillantes, aforismos y expresiones sentenciosas que con frecuencia recuerdan al «Juan de Mairena» machadiano y a R. Gómez de la Serna.

Ángel BASANTA

Poesía

Poesía

Juan Bautista Bertrán

Edición a cargo de M. Batllori y J. M. Lamet
Ediciones 29. Barcelona, 1990. 330 páginas

TODOS conocíamos a Juan Bautista Bertrán. Pero sólo José María Valverde acertó a definir su paso de ángel, su pisar de tórtola. Y, si nos molesta la suavidad de estas asociaciones, digamos de una vez por todas que era un varón de dolores, intentando —y logrando— hallar entre las cosas —el mar, la Naturaleza, la vida— la terapia de su espíritu hipersensible si es que no atormentado. La edición de su obra poética al cuidado de Miguel Batllori y José Miguel Lamet, precedidas de un breve pero ajustado prólogo de José Manuel Bleuca, despliega el resplandor de una lírica en todo su estetizante fulgor y en el dramatismo de su expresión formal y estilística.

Con los quince libros en que se agrupa la poesía de este lírico catalán de San Juan de las Abadesas (1919-1985) se puede armar la escala de una sinfonía humana. Y, aun si se quiere, la «vía dolorosa» de una existencia dolorida. «Todos lo conocéis, fiel y constante; llega y no ocupa sitio. Habla y no invade; el terreno del ruido, su sonrisa / nos escucha, y él vuelve a su penumbra / desde donde nos quiere suavemente / a todos, donde escribe a media voz sus versos, ajustados a este mundo...» Así lo retrata el autor de «La espera» y la extensión de la cita se justifica en razón de ser cifra de su mejor semblanza. Por su parte, Lamet redondea el retrato al enmarcar su cosmovisión lírica en una sensorialidad trascendente que espejea y transparenta, sin duda, lo absoluto.

A favor de estas premisas, la lectura devuelve a un poeta más distanciado, pero no menos vivo, en cuya obra, ajena a los experimentalismos de urgencia y a las urgencias de inmediatas connotaciones sociales, ha sabido robar los misteriosos elixires del misterio con la decantación de todas las resonancias estéticas bien depuradas.

Hoy que tanto se habla de culturalismo y hasta se convierte el mediterraneísmo en una religión, Juan Bautista Bertrán oficia en ese rito, con todo el bagaje de su preparación clásica, su cultura pictórica y su andadura viajera, en una calificación de esencialidades, atmósferas y climas que en vez de dispersar los caminos, profundizan en sus posos existenciales e históricos. En esa tesitura, la unión del hombre con el misterio es franca; la asociación del poeta con la Naturaleza, determinante; el poeta empieza al hilo de las influencias de Rubén o Juan Ramón, para frecuentar más tarde ámbitos de Maragall o Leopardi. Y, si hemos de acusar calado larétrico de sus poemas, es necesario precisar que su religiosidad es «fortiter in re» y su «suaviter in modo» al modo de los hondos líricos de su generación como Leopoldo Panero o Luis Felipe Vivanco.

A Juan Bautista Bertrán pudo ocurrirle que su pasmo y su éxtasis ante la Naturaleza le hicieran olvidar algunas servidumbres estilísticas y técnicas, sin duda porque, invadido por el misterio, su espíritu y su voz no las necesitaba tanto. De ahí algún rechinamiento o rigidez en algunos de sus libros; de ahí también la exquisitez que algún crítico tomará por sensiblería. Ni una ni otra cosa bloquean nunca la importada voz bertraniana.

Florencio MARTÍNEZ RUIZ